

momento. Podríamos comparar el Estado a una nave. El pueblo es libre para determinar la ruta que la nave haya de seguir. Pero, en cambio, a nadie se le debe permitir ejercitar ninguna libertad para lanzarse a actividades que tiendan a destruir la nave, es decir, a destruir el instrumento liberal democrático.

En el campo del Derecho positivo esta idea halló realización en alguna medida en la ley checoslovaca de Defensa de la República de 1931, la cual prácticamente equivalió a poner fuera de la ley las actividades políticas de los partidos nazi y comunista. Pero donde esta idea ha hallado cabal y perfecta expresión es en un texto de Derecho internacional, en el artículo 30 de la "Declaración Universal de Derechos del Hombre" de las Naciones Unidas, proclamada el 10 de diciembre de 1948, el cual precisamente equivale a determinar inequívocamente que no puede permitirse el ejercicio de ninguna libertad encaminado a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades que se proclaman en dicha Declaración.

LA HISTORIA Y EL CONCEPTO MODERNO DE HISTORIADOR

Lic. DESIDERIO GRAUE
Universidad Nacional
Autónoma de México

ANATOLE FRANCE NOS HA LEGADO en su libro *La Isla de los Pingüinos* una de las críticas más sutiles y pintorescas de que tenemos noticia sobre la Historia y sus artifices:

"He confiado —nos dice— a varios sabios arqueólogos y paleógrafos de mi país y de los países extranjeros las dificultades experimentadas para conocer la historia de los pingüinos y me han hecho objeto de su desprecio. Me miraban con una sonrisa de piedad que parecía decirme: ¿Es que acaso, escribimos nosotros la historia? ¿Es que nosotros tratamos de extraer de un texto, de un documento, la menor parcela de vida o de verdad? Nosotros nos atenemos a la letra escrita. La letra es la sola apreciable y definida. El espíritu no lo es; las ideas son fantasías. Hace falta ser un vanidoso para escribir Historia, y además, tener mucha imaginación". Todo esto estaba en la mirada y en las sonrisas de nuestros maestros en Paleografía y sus apreciaciones me desanimaban profundamente. Un día, después de una conversación con un silógrafo eminente, me encontraba más abatido que de costumbre —relata el mismo autor— cuando de repente me hice esta reflexión:

A pesar de todo hay historiadores. La especie no ha desaparecido por completo. En la Academia de Ciencias Morales se conservan aún cinco o seis que no publican textos, sino que escriben historia y no me dirán que hace falta ser vanidoso para dedicarme a esta clase de trabajo.

Esta idea me devolvió el valor. Al día siguiente me presenté a casa de uno de ellos, un anciano sutil:

—Vengo, señor, le dije, a pedir los consejos de vuestra experiencia. Estoy muy preocupado por componer una historia y no llego a nada, a ninguna conclusión.

El anciano me respondió encogiéndose de hombros:

—¿Por qué, mi pobre señor, siente tanta preocupación que da pena escucharlo, por componer una historia, cuando no tiene más que copiar cualquiera de las conocidas como es costumbre? Si usted tiene un conocimiento nuevo que exponer, o una idea original, si presenta a los hombres y a las cosas bajo un aspecto inesperado, sorprenderá al lector y el lector no quiere ser sorprendido puesto que sólo busca en las historias las necedades que ya conoce. Si usted trata de instruirlo no hará más que humillarlo y enfadarlo. No intente sacarlo de su error porque gritará que usted insulta a sus creencias.

Los historiadores se copian los unos a los otros pues de este modo se evitan la fatiga de crear y no parecen jactanciosos. Imítelos y no sea original. Un historiador original es objeto de desconfianza, de menosprecio y de repugnancia universal.

¿Cree usted, señor —añadió—, que yo sería honrado y considerado como lo soy, si yo hubiera puesto novedades en mis libros de historia? ¿Y qué son novedades? ¡Impertinencias!

Se levantó, le di las gracias por sus atenciones y cuando ganaba la puerta, me llamó:

—Unas palabras todavía: Si usted quiere que su libro sea bien acogido no olvide ninguna ocasión de exaltar las virtudes sobre las cuales descansan las sociedades: el respeto de la riqueza, los sentimientos piadosos, y especialmente la resignación del pobre, que es el fundamento del orden. Afirme, señor, que los orígenes de la propiedad, de la nobleza, de la gendarmería, serán tratados en su historia con todos los respetos que merecen dichas instituciones. Haga saber que admite lo sobrenatural cuando se manifiesta, y con esas condiciones medrará entre la gente de buenas costumbres”.

¿Cómo escapar a la profunda ironía lanzada por ANATOLE FRANCE? ¿Cómo destruir su refinado ataque? ¿La imagen que nos describe del historiador, es la verdadera? ¿Son los métodos que pregona los que se han usado para elaborar la Historia?

EL CONCEPTO DE HISTORIA

Nos parece propio determinar en primer lugar qué es lo que ha sido la Historia en el pasado:

La palabra griega “historia” significa la investigación o inquisición y fue empleada por vez primera por Herodoto en el siglo V como título de su obra. El empleo de la palabra con este significado señaló una real revolución literaria ya que los escritores anteriores a él habían sido simples narra-

dores de cuentos comúnmente conocidos. Fue por consiguiente, su empleo con esa connotación, lo que justifica para Herodoto el título de “Padre de la Historia”.

Herodoto se proponía contar las hazañas de los hombres con el fin de que no cayeran en olvido de la posteridad. La función de la historia, según él, era en parte descubrir lo hecho por el hombre y en parte descubrir los motivos que lo impulsaron a obrar. Tucídides también la entendió así, pero afirmó explícitamente que la investigación histórica descansa en el estudio de los testimonios. Ambos tienen de común que propiamente la consideran un relato, una descripción de los momentos o de los caracteres de una cosa, y ello en contraposición a su definición esencial, es decir, a la visión de lo que es esta cosa de un modo permanente y definitivo.

Los griegos posteriores al siglo V fueron los creadores de la historia ecuménica que tiene por fundamento la alta estima de las obras escritas por los historiadores particularistas de la edad helénica, pues tuvieron ya conciencia de la pluralidad de las unidades sociales particulares que juntas integran un mundo humano.

Polibio crea después un nuevo tipo de historia cuya unidad dramática podía alcanzar cualquier extensión con tal de que el historiador pudiera reunir los materiales y fuese capaz de exponerlos en un relato único. Polibio suponía fundamentalmente que el decurso histórico transcurre en un todo de acuerdo con la naturaleza y según una ley inmutable de la que no es posible escapar. De aquí la importancia que atribuyó a todo el proceso causal de la indagación histórica. “En la historia —dice— la atención del escritor, como la del lector, no debe dirigirse tanto sobre el relato de los hechos mismos como sobre las circunstancias que los han precedido, acompañado o seguido. ¿Qué queda en la historia si apartáis de ella el estudio de las causas, de los medios, del fin de las empresas humanas y el cuidado de examinar si cada una ha tenido el éxito que debía esperarse?; un ejercicio literario, no una enseñanza; un pasatiempo para halagar un instante el oído, pero sin resultado para el porvenir”.

En aquel entonces, como nos cuenta Polibio, este ejercicio literario constituía la actividad propia de aquellos historiadores que no se esforzaban por descubrir el secreto íntimo de la historia y no obtenían de ella, en consecuencia, ninguna enseñanza valiosa.

Con este historiador, la tradición helenística del pensamiento histórico pasa a Roma cuyos dos representantes sobresalientes fueron Tito Livio y Tácito.

Tito Livio intentó una tarea verdaderamente grandiosa: la historia de Roma desde sus orígenes, pero fracasó debido al exceso de toda clase de elementos fabulosos que quiso considerar, y también por la carencia de un mé-

todo adecuado para manejar la complejidad de los materiales de que disponía.

Tácito intentó aplicar a la historia un método que podemos denominar didáctico-psicológico pues se propuso escribir para enaltecer las virtudes en el orden público y para escarnecer ejemplos señalados de vicios y atropellos, y esto último acarrió una decadencia en el índice de la honestidad histórica.

El Cristianismo, con la introducción de las nuevas ideas sobre el pecado original, la gracia y la creación, cambia totalmente el modo de concebir la historia.

En efecto, le imprime otras características; considera al proceso histórico no como la realización de los propósitos humanos, sino de los propósitos divinos, y éstos los debe actualizar el hombre en su vida a través de la actividad de su voluntad. En este proceso, Dios se concreta a la predeterminación de los fines, destacándose no sólo las acciones de los hombres como agentes históricos, sino además que tanto su existencia cuanto su naturaleza deben ser consideradas exclusivamente como instrumentos de los propósitos divinos.

Además, la posición asumida por el Cristianismo respecto a la igualdad de todos los hombres ante Dios, o universalismo de esta actitud cristiana, trae por consecuencia la exigencia de una historia universal cuya temática sea el desarrollo mundial de la realización de tales propósitos de Dios respecto al hombre. Por ello veremos, que la historia cristiana va a asumir los caracteres de universalidad, de providencial, y también dividirá el tiempo histórico en dos grandes períodos: antes y después del nacimiento de Cristo.

La Edad Media se dedica a perfeccionar los conceptos antes señalados, pero además incluye una escatología, o tratado del destino final del hombre y del mundo, pues miraba hacia el fin de la historia como algo predeterminado por Dios y al mismo tiempo como algo que el hombre sabía de antemano por medio de la revelación.

Como consecuencia de estas diversas concepciones, al hombre del medioevo ya no le quedaba nada por hacer, se cae incluso en la falacia de afirmar que se podía predecir la historia, que se podía adivinar el futuro, y se tiende a buscar la esencia de la historia fuera de ella, en un vano esfuerzo de percibir el plan divino exclusivamente y sin tener en cuenta las acciones humanas.

Es sólo hasta el Renacimiento que la visión humanista de la historia fundada por los antiguos, reaparece.

En el Renacimiento se combate lo fantástico y lo que estaba deficientemente fundado; se niegan las pretensiones de predicción del futuro y se niega igualmente que la función del historiador sea la de describir el plan divino que norma los hechos. Las investigaciones se tornan exactas, se coloca al hombre en el centro de las preocupaciones del pensamiento histórico, y con

la gigante figura de Bacon la historia se transforma en un saber de hechos y no en saber de esencias; el hombre se interesa en el pasado por el pasado mismo, pero sin embargo cabe señalar que la situación de la historia es aún precaria porque carecía de un método preciso y definido.

El aspecto constructivo del pensamiento del siglo XVII se concentró en los problemas de las ciencias naturales, dejando a un lado los problemas históricos. Para Descartes la historia no era en absoluto una rama del conocimiento. ¡Pero cuán intrascendente nos parece hoy esta negación frente a la grandiosa concepción cartesiana del yo pensante, frente a la estructuración de las pruebas de la existencia de Dios y frente a su sistema metódico del cual arranca toda la fisicomatemática moderna! Es precisamente al amparo del método de las ciencias naturales que se han desarrollado los métodos de la moderna investigación histórica.

Hasta hace poco la opinión corriente era de que el siglo XVIII, el de la Ilustración, era un siglo específicamente ahistórico. Tal afirmación ha demostrado ser inexacta si se tiene en cuenta el desarrollo que tuvo en su problemática religiosa y que desde un principio la filosofía del referido siglo trata el problema de la naturaleza y el problema histórico como una unidad que no permite fragmentación. La ciencia, en cuanto tal, se niega a reconocer nada sobrenatural o suprahistórico. La concepción de los teólogos de este siglo se apoya siempre en el concepto y la exigencia de una crítica histórica de las fuentes religiosas. Es verdaderamente la historia la que lleva la antorcha de la Ilustración y la que aparta a los teólogos de la ortodoxia de siglos anteriores. Las exposiciones históricas que produce este siglo se hallan bajo la influencia de Newton a través de Voltaire, y con este último la historia se convierte en el modelo metódico por medio del cual cobra una comprensión nueva y más profunda del objeto general y de la estructura de las ciencias del espíritu. Se produce en suma, en este siglo, una síntesis del espíritu racional y del histórico. La razón es referida a la historia y la historia a la razón. Ambas se mantienen en constante tensión en la que se apoya todo el pensamiento religioso de este siglo, en el que se considera que solamente con el paralelismo y la confrontación de ambas se produce la verdadera Ilustración del espíritu.

Al intelectualismo de la ilustración, sigue la génesis, en la segunda mitad del mismo siglo XVIII, del *historicismo*, que ha llegado a ser parte integrante del pensar moderno.

Se originó el historicismo en cuatro elementos que unidos produjeron una nueva manera de ver del historiador y de toda la vida humana. El proceso al que llevó el historicismo fue de una individualización occidental, a la con-

ciencia de sí mismo y enseñando a comprender toda la vida como una evolución de lo individual.

Los cuatro elementos que le dieron nacimiento fueron, en primer término, una necesidad prerromántica que volvió la atención de las gentes a los pueblos primitivos y a las épocas iniciales de la humanidad, idealizándolos y poniéndolos como modelo de una humanidad más pura y plena; en segundo lugar el movimiento pietista en Alemania protestante que despertó las subjetividades en los contactos de hombre a hombre; como tercer elemento aparece la nueva relación espiritual con el arte antiguo, vivida y difundida por Winckelmann, que aumentó la predisposición espiritual para lo nuevo, y por último el antiguo mundo de ideas platónicas y neo-platónicas que revivió en la doctrina de las mónadas de Leibnitz y la teoría de la "inward form" de Shaftesbury que contiene una tendencia a lo individual.

La médula del historicismo radica en la substitución de una consideración generalizadora de las fuerzas humanas históricas, por una condición individualizadora.

Surge la concepción *positivista* y dentro de ella la historia queda definida como el estudio de los acontecimientos sucesivos que yacen en un pasado muerto y que deberían ser comprendidos de la misma manera que los acontecimientos naturales por estar regidos por las leyes de éstos.

Caracterízase el positivismo porque, como teoría del saber, se niega a admitir otra realidad que no sean los hechos y se niega a investigar otra cosa que no sean las relaciones entre esos hechos.

EL CONCEPTO MODERNO DE LA HISTORIA

Cabe entonces preguntarse cómo se concibe hoy la Historia.

El esfuerzo y movimiento iniciado por Dilthey, de los años de 1860 a 1870, continuado por Max Weber y Raymond Aron por un lado, y por Heidegger y Jasper por otro, ha llegado, como lo deseó Dilthey, a constituir una *Crítica de la Razón en su Uso Histórico*, al dotar al conocimiento histórico de un fundamento racional que determinase su legitimidad, justificándola y delimitándola a la vez. La nueva concepción realiza en el plano técnico de la historia, una transposición de perspectiva análoga a la revolución Kantiana dentro de la teoría del conocimiento.

Pero antes de analizarla precisase examinar el pensamiento de Dilthey.

Dilthey en su único libro *Introducción a las Ciencias del Espíritu*, adoptó años antes que Windelband la posición de que la historia maneja individua-

les concretos y que las ciencias naturales se refieren a generalizaciones abstractas, y su intención era escribir una *Gran Crítica de la razón histórica*, lo que no llegó a realizar.

Para Dilthey los documentos y datos, con los que trabaja el historiador y que por sí mismos no revelan el pasado, le ofrecen la ocasión de vivir en su propia mente la actividad espiritual que los produjo. Es en virtud de su propia vida espiritual y en proporción de la riqueza intrínseca de esa vida, como puede el historiador infundir vida en esos materiales muertos, de tal suerte que el verdadero conocimiento histórico es una experiencia interna de su propio objeto y el conocimiento científico es el intento de comprender fenómenos que se le presentan como espectáculos externos. Esta concepción del historiador de hacer que el objeto viva en él presupone un adelanto, pero como para Dilthey la vida significa experiencia inmediata, distinta de reflexión o conocimiento, desemboca a un psicologismo.

En efecto, el pasado viviente de la historia vive en el presente, pero vive no en la experiencia inmediata del presente, sino sólo en el autoconocimiento del presente. Esto es lo que Dilthey ha pasado por alto; piensa que el pasado vive en la experiencia inmediata que el presente tiene de sí mismo; pero esa experiencia inmediata no es el pensamiento histórico, es psicología o experiencia personal del historiador.

Hoy en día el pensar histórico ha superado el pensamiento Diltheyano y reconoce que la Historia no es en sí misma más que la re-creación en la mente del historiador, del pensamiento pensado.

Afirmase también que lejos de apoyarse en otra autoridad que no sea él mismo, y a cuyos dictados deba conformar su pensamiento, debe basarse precisamente en él, y por ende como tal es autónomo, auto-autorizante, dueño de un criterio al cual deben conformarse sus llamadas autoridades o testimonios y por referencia al cual pensamiento, se las critica.

Así, los historiadores y filósofos de nuestros días piensan que la historia debe ser una ciencia que se ocupa de las acciones de los hombres en el pasado, investigadas por medio de la interpretación de los testimonios y cuyo fin es el autoconocimiento humano.

Afirman que la Historia es una ciencia porque es una forma de pensamiento que consiste en plantear preguntas que intentamos contestar, pues la ciencia en general no consiste en coleccionar los conocimientos que ya se tienen para arreglarlos dentro de tal o cual marco.

Esta ciencia de la historia se ocupa de actos humanos realizados en el pasado, es decir trata de contestar interrogantes acerca de acciones humanas verificadas en el pretérito.

Esta ciencia de las acciones de los hombres en el pretérito procede metó-

dicamente en su investigación, especialmente en la interpretación de testimonios y documentos, y, finalmente, esta ciencia sirve para el auto-conocimiento humano.

Conocerse a sí mismo significa conocer primero: qué es ser hombre; segundo: qué es ser el tipo de hombre que se es, y a la postre: qué es ser el tipo de hombre que uno es y no otro.

Por ello el valor de la historia consistirá en que nos enseña lo que el hombre ha hecho, es decir, lo que verdaderamente es el hombre, o sea nos revelará el propio conocimiento del hombre.

No deja de haber, sin embargo, pensadores que como Croce niegan a la historia la calidad de ciencia porque creen que esta disciplina no puede generalizar ni inducir las llamadas leyes, pero a la vez admiten que, sobre la base no científica del conocimiento histórico, y fuera ya de la historia, se puede generalizar y filosofar respecto de la vida misma, como si la vida, por ser vida... no fuese precisamente historia.

Otros, como Xénopol y Langlois afirman que no se puede tener duda de que son compatibles la negación de las leyes históricas y la afirmación de que la historia es ciencia.

Otros, en fin, más radicales creen imposible la verdad y la certeza del conocimiento histórico. Refutando la validez de los testimonios y documentos en que consisten las fuentes históricas, proyectan su escepticismo sobre la veracidad e imparcialidad humanas del historiador.

Pero felizmente la confianza en la historia cuenta ya con una serie notable de investigadores que sostienen filosóficamente lo contrario y de entre ellos, séame permitido transcribir las palabras plenas de significados y de emoción, de Francis Ambrière en su libro titulado *Les Grandes Vacances*.

“No es este el lugar de defender la historia —afirma—; los que maldicen a la historia por temor o por interés no prueban nada a no ser contra ellos mismos y no contra la historia. Un largo e íntimo uso de las fuentes documentales, una información no limitada a una sola sino que alcance un amplio encadenamiento de Edades, una inteligencia vivaz y sensible que no se contenta con la mecánica de las fechas salientes, sino que prefiere la oscura gestación de los efectos de las causas; un vasto conocimiento del hombre y de sus resortes secretos; extensos viajes a través de las naciones, a lo menos espirituales...; una segura cualidad intuitiva y un alma abierta certeramente a la poesía, la ciencia y el arte...; he ahí el raro conjunto de trabajos y virtudes que exige la historia... Con el estudio y meditación de la historia forjemos nuestro pensamiento y a costa de nuestro destino, realicemos nuestro desquite haciendo de él un instrumento de nuestra libertad interior; la libertad que nunca podrá ser detenida por ninguna alambrada”.

También entre los contemporáneos, Arnold J. Toynbee, a pesar de creer que existe una tendencia a la repetición que se afirma a sí misma en los asuntos humanos, reconoce que esta repetición de hechos en el tiempo, es uno de los conocidos recursos de la facultad de creación y sostiene que: “si la historia humana se repite lo hace en consonancia con el ritmo general del universo; pero el sentido de este orden de repetición reside en el libre campo de ofrecer al trabajo creador para seguir adelante”. “Bajo esa luz —concluye— el elemento repetitorio de la historia se revela como instrumento para la libertad de la acción creadora y no como índice de que tanto Dios como el hombre son esclavos de la fatalidad”.

Se ve de lo expuesto que hasta hace poco la historia fue una reflexión sobre las varias y opuestas verdades que proponía cada cultura y una verificación de la heterogeneidad de cada sociedad y de cada arquetipo, mas ahora la historia ha recobrado su unidad y vuelve a ser lo que fue en su origen: una meditación del hombre.

Esta meditación del hombre implica la mejor de las negaciones, la negación histórica, afirma Leopoldo Zea. En efecto, si no se desea repetir la experiencia de los antepasados, viviéndola, es necesario convertirla en Historia, que es auténtica experiencia, y ya que la historia de la cultura no la forman los puros hechos, sino precisamente la conciencia filosófica que de ellos se tiene, cuando se tiene esta conciencia se ha alcanzado la comprensión histórica.

Comprender es, desde este punto de vista filosófico, tener capacidad para colocar un determinado hecho en el lugar preciso que le corresponde en el presente.

Cuando se comprenden las razones que causaron en una época dada, la realización de formas de expresión histórica determinadas, se comprenden también las razones por las cuales estas mismas formas no pueden repetirse en el presente salvo negando la historia, es decir, en suma, negando la capacidad del hombre para progresar valiéndose de sus propias experiencias.

De esto se sigue que el papel del historiador será precisamente el señalar las rutas que ante sí tiene el hombre por sus capacidades para progresar sirviéndose de sus propias experiencias.

¿Cómo debe realizar este papel el hombre al hacer historia?

El historiador, al realizar su trabajo, debe construir una imagen coherente, con pretensiones de verdadera, y que tenga sentido, de las cosas tales como fueron, y de los acontecimientos tal como ocurrieron, y para ello es menester que norme su actividad por reglas de método.

Los pensadores contemporáneos están de acuerdo en que esas reglas metodológicas consisten primeramente en que la imagen del pasado —además de

ser coherente y continua, es decir con sentido—, tiene que estar localizada en el tiempo y en el espacio; en segundo lugar que toda historia tiene que ser coherente consigo misma; y, por último, que como la imagen del historiador mantiene una peculiar relación con los que se denominan testimonios históricos (textos, documentos, obras materiales, de arte, edificios, lugares geográficos, etc., etc.), debe el investigador fundar su verdad en dichos testimonios históricos.

Ahora bien, como estos testimonios son históricos sólo cuando y en tanto que alguien los considera históricamente, se sigue de ahí que el conocimiento histórico solamente puede surgir o nacer del propio conocimiento histórico, lo que expresado en otras palabras quiere decir que el pensar histórico es una actividad original, fundamental o innata de la mente humana.

Resulta, pues, que el pensar histórico es aquella actividad de la imaginación, mediante la cual se propone el historiador dar a esta idea original o innata, un contenido detallado, la cual se consigue empleando el presente como testimonio de su propio pasado.

Pero los testimonios históricos de que dispone o puede disponer el historiador para resolver cualquier problema, han cambiado y cambian con cada innovación de los métodos históricos y con cada variación en la competencia de los historiadores, y del examen de estas variaciones o de estos cambios, aparece una segunda dimensión del pensamiento histórico, lo que se llama la historia de la historia o *historiografía*.

La historiografía tiene su fundamentación en el descubrimiento de que el historiador mismo, junto con el "aquí" y "ahora" (o sea la espacialidad y temporalidad) que forman el cuerpo total del testimonio de que dispone, forma parte del proceso que estudia, es decir que el historiador tiene su propio sitio en el proceso a estudio, y sólo puede verlo desde el punto de vista que en el momento presente ocupa dentro de él.

Los actos de la mente del historiador, no sólo son de pensamiento, sino que este pensamiento es a su vez reflexivo, es decir que se ejecuta con la conciencia de que se está ejecutando, y se constituye tal como es, precisamente por esta conciencia.

Estos actos reflexivos, o por decirlo así, hechos a propósito, adrede, son los únicos actos que pueden convertirse en materia de la historia, y precisamente por ello podemos afirmar que puede existir una historia política, una historia de arte militar, una historia económica, como también una historia de la moralidad o de la religión, pues en cada uno de estos aspectos es la mente reflexiva la que interviene en la forma especificada.

A la luz de lo sumariamente expuesto, tratemos a continuación de investigar el papel y las facetas que nos presenta el historiador en la moderna concepción filosófica de la historia.

Al positivismo con toda su objetividad, la nueva filosofía de la historia le opone ahora una clara conciencia del papel activo que en este orden del conocimiento se torna al sujeto: el historiador.

Son las categorías del historiador, su curiosidad, su experiencia humana las que determinan, modelan y construyen la obra histórica.

Ya nadie osaría hoy reducir el papel del historiador al de un simple aparato registrador encargado de reproducir mecánicamente su cometido.

El progreso de la metodología crítica conduce a superar la distinción que fue clásica entre la "realidad histórica" y el "conocimiento histórico", entre el tiempo pasado, realmente vivido por hombres de carne y hueso, y la imagen que reconstruye de ese pasado la labor paciente del historiador. Por eso lo real, lo material, la única realidad que denota el lenguaje es la "toma de conciencia" del pasado humano, realizada en la mente del historiador y por su esfuerzo. La realidad es la síntesis de los dos polos antes opuestos: está en el vínculo que entre pasado y presente establece el acto creador del historiador.

Puesto que como hemos dicho, es una ciencia, la historia supone un objeto, este objeto es aprehender, comprender el pasado realmente vivido por la humanidad.

Pero este pasado realmente vivido, esta evolución de la humanidad no constituye propiamente la historia: ésta no es una simple calca de aquél o de aquélla, sino que el pasado humano, cobrando vida en la conciencia del historiador, asume otro carácter, cambia de categoría ontológica. Desde luego, lo que constituye la evolución de la humanidad, lo que ha "estado activo", es su pasado, la totalidad tan compleja de las relaciones causales, y este conjunto jamás se encontrará plenamente reflejado en el conocimiento, debido a dos razones: a sujeciones técnicas (cuantos "hechos activos" han desaparecido sin dejar trazas o huellas en nuestros documentos) y a servidumbres lógicas (ya que del pasado, la historia no retiene sino los aspectos, los elementos que la "teoría del historiador" retiene entre sus redes). El historiador puede desear formar una imagen sumaria pero exacta de este pasado inagotable, seleccionando los hechos importantes y las causas profundas, pero esta selección estará siempre ligada a la doctrina que haya seguido para elegir

los materiales, tanto esenciales como accesorios, y por tanto será dependiente de la mente humana y no del objeto. A este respecto hay que insistir en que sólo la mente divina por ser omnisciente y omnipotente, sólo ella puede poseer la totalidad del pasado, y la historia pensada por los hombres no representará nunca más que una selección.

Con razón, pues, podemos afirmar que mientras que nuestro ideal de la historia se haga más comprensivo, es decir que mientras más trate de encontrar los aspectos más variados y diferentes del pasado humano, más se revela como irrealizable el sueño de una historia total, universal. Podría pensarse en una aproximación a ella, por medio de un rodeo, efectuando una síntesis colectiva a la que estuviesen asociados los sabios de una generación, o de una época, pero en la medida en que tal colaboración fuese posible, la historia elaborada en tal forma, a lo más que podría llegar sería a reflejar la mentalidad colectiva de una generación o de una época, y también tendría que haberse operado en ella una selección arbitraria y limitada.

Toda historia lleva impresa el sello o marca de sus autores, pero lo que fundamentalmente nos hace pensar que las ideas de los historiadores han envejecido no es el hecho de los progresos y de los cambios realizados en nuestra documentación, sino el que nosotros hemos cambiado, que no nos planteamos ya los mismos problemas, que no juzgamos tampoco con los mismos valores.

Además, en la historia, el pasado no aparece simplemente transcrito, reproducido, calcado, sino que está específicamente calificado; se le conoce en tanto que es pasado, no sólo porque ya estuvo cumplido, efectuado, sino también porque cuando fue real, vivido, constituyó el presente para los contemporáneos. Siendo el conocimiento histórico una relación entre los hechos de antaño y la mente del historiador en la cual se actualizan, considera al mismo tiempo la distancia que nos separa de ellos, y por eso no es sino metafísicamente que se expresa del historiador que reanima, que resucita o revive el pasado. Si por ejemplo estudio la vida de San Pedro, mi conciencia me representa a la vez los acontecimientos en vías de suceder en el primer siglo de nuestra era, pero también y al mismo tiempo la distancia de diecinueve siglos que me separa de ella. Es pues en esta síntesis, entre la realidad viviente y la proyección al fondo del pasado, que se encuentra la esencia del espíritu histórico.

Por otra parte, este conocimiento del pasado, en tanto que tal, es al mismo tiempo conocimiento del presente, pues vive en la conciencia del historiador, introduce en la conciencia realidades espirituales de orden específicamente humanas, respecto de las cuales reacciona de modo característico, es decir libremente, y esta libertad se extiende a toda la historia, vale decir que

nada de lo que es humano me será extraño, pues lo hago mío y puedo apropiarme sus valores o rechazarlos.

Por eso, desde cualquier ángulo que se la contemple, la historia revelará siempre la misma síntesis: el objeto, el pasado, que no es aprehendido sino por refracción a través del sujeto cuyo papel nos aparece siempre como más importante. Bajo este subjetivismo se hace notable el cambio de postura filosófica en comparación con la concepción positivista, (obsesionada de objetividad), y por ello es justo decir que en la moderna concepción de la historia se ha operado una revolución copernicana.

En la actualidad ya no se consideran los hechos materiales como la esencia de la historia, ya no son sino la osamenta, es decir, son una condición necesaria pero no suficiente. El actual conocimiento histórico consiste, según lo hemos afirmado, en comprender esos hechos y una profunda comprensión de los hechos humanos exige que esa osamenta sea revestida con el ropaje de los valores que le confieren una significación, es decir, deben ser reflexionados, y cuando hablamos de reflexión, toda subjetividad del historiador entra en juego.

Más que una cronología crítica, la historia actual es esta nueva captura de valores en un campo ilimitado, pues las categorías de la lógica se han extendido a todas las manifestaciones de la vida social, económica, religiosa y artística. Mientras más penetramos en la comprensión de los valores se borran más todos los límites a todas las aproximaciones posibles, todo se torna "evidencia potencial".

Es clásico decir que por ser una ciencia, la historia debe ser una actividad desinteresada, y ello es una verdad elemental, pero esta evidencia deja intacto el problema propiamente filosófico del valor subjetivo, existencial de la búsqueda histórica.

Este valor existencial de la investigación, de la búsqueda histórica, se palpa cuando vemos que, por más contingente y más gratuita que pueda haber sido en un principio la elección del tema por el historiador, desde aquel momento en que profundiza la investigación, desde el instante en que abandona el dominio esotérico de la erudición para convertirse verdaderamente en historia, obliga más y más al investigador a entregarse a él, a poner en juego todas sus facultades, a embeberse, a interesarse, a vivir en él, a hacerle una dación completa de su alma, porque, como decía el maestro Antonio Caso: "Hay que escribir la Historia con toda el alma vibrante; sólo así se infunde nueva vida en lo inerte y resurgen las instituciones y las creencias desaparecidas y cobra nuevos bríos el abigarrado conjunto de hombres y cosas evocado sobre las ruinas ungidas con la predilecta veneración de los pueblos, sobre el vasto acervo de reliquias seculares que deposita la humanidad en el pla-

neta, al cumplir su destino constante: su muerte perpetua y su perpetua resurrección" (Problemas Filosóficos).

Pero no hay que limitarse a describir el aspecto radicalmente subjetivo del conocimiento histórico y recalcar sus rasgos negativos, sino que también hay que subrayar insistentemente lo que tiene de positivo, de activo: si los testimonios y documentos no hablan, no arrojan luz, sino en la medida en la cual el historiador sepa interrogarlos, podemos asentar que la historia sí es una respuesta, una contestación a una pregunta que surge del fondo del alma del historiador, quien precisamente por eso tratará de solucionar el problema central de su existencia; aquella interrogación a la que consagrará su vida y su persona.

En los términos que a Sartre le sirven para la definición de su psicoanálisis existencial, para un historiador de auténtica vocación, es decir para aquel que considera la historia no como un pasatiempo o una ocupación accidental, la búsqueda histórica es una manifestación empírica de esa idea original, de ese deseo fundamental por el cual se encarna y busca su realización la persona humana.

Sartre y los existencialistas, han descrito con aspectos más o menos llamativos y conmovedores este carácter existencial de la búsqueda histórica: para ellos, el diálogo que el historiador sostiene con el pasado se convierte en una interrogación angustiada que con la vista al futuro, formula el hombre a sus antepasados, a sus hermanos o modelos de antaño, y poniendo de relieve la temporalidad humana juegan con la ambigüedad de la noción de la historia, describiendo la labor del historiador como un acto por medio del cual el hombre histórico trabaja en su propia realización.

De todo lo dicho, no hay que forjarse una idea demasiado optimista de la historia o esperar y exigir demasiado de ella. No es de ella que recibirán su solución los problemas fundamentales de la existencia; precisamente estamos viendo y queremos demostrar, que la aportación principal de la nueva teoría de la historia, reside en el hecho, bien establecido hoy día, que la verdad de sus resultados, la verdad de los valores propiamente humanos (no de las verdades de hecho que establece la historia), está dada por completo, con sus características y límites, en los "presupuestos doctrinales que la subjetividad del historiador impuso desde un principio como marco a su investigación". La verdad de la historia se convierte en una función de la verdad de la filosofía profesada implícitamente o no por el historiador.

La historia por sí misma no puede alimentar una vida interior, no puede forjar una cultura, ni ser su eje, su elemento director o su alma: tal papel pertenece a la mente especulativa. La historia debe ser considerada como una disciplina auxiliar a la mente, que sirve para proporcionarle datos em-

píricos y ampliar su horizonte, que agranda la experiencia humana y la ayuda al planteamiento correcto de sus problemas, pero por sí misma... no soluciona nada...

Desde otro punto de vista existe también el peligro de poner demasiado en relieve el carácter existencial de la búsqueda histórica... Sin duda, por ser humana, debe esta búsqueda, en alguna forma, responder a una cuestión fundamental, pero para ser fecunda, para ser verdaderamente historia, exige del espíritu una cierta disponibilidad interior, un cierto desprendimiento, un mucho desinterés.

Si la historia, si la búsqueda es, digámoslo ahora en otros términos, un encuentro con el "yo ajeno" de los hombres del pasado, exigirá del historiador que siquiera por un momento salga de su subjetivismo, de su ensimismamiento, de la obsesión de sus propios problemas, y con el espíritu alerta realice la nueva experiencia, ya que en ella, como más directamente en el amor y en la amistad, "nuestro yo" sale y se proyecta, para volcarse en el prójimo, en el "yo ajeno", en el objeto de nuestras inquietudes y desvelos.

¿Quién podrá negar el profundo valor, que con tales presupuestos, y desde el punto de vista existencial, reviste tal encuentro?

Sin embargo, como bien pudiera pensarse que tal aventura con el "yo ajeno" pudiera reducirse sólo a una contemplación estética —lo que para muchos es la historia—, o bien, que tal contemplación no sea gratuita sino en apariencia —cuando no hay desinterés— precisa asignarle un valor, lo que nos puede conducir a una deontología o ética práctica; pero también al punto neurálgico de nuestro tema: "lo que debe ser el historiador".

A partir del momento en que se reconozca que mientras tanto vale el hombre, tanto vale la historia, se tomará uno más exigente: la fecundidad, sinceridad y hondura del trabajo histórico estará en proporción directa de la riqueza humana del historiador; mientras éste sea más inteligente, cultivado, accesible a las cosas y a lo humano, sincero, ético y rico en experiencia, más será capaz de comprender, de encontrar en el pasado el equivalente de esos valores, y consecuentemente su estudio será más rico y verdadero.

Si pues, en los testimonios que maneja el investigador todo es evidencia potencial, como hemos dicho, resulta que el historiador debe, además de las características apuntadas, tener otras, saberlo todo, haber leído todo... y como desde luego y por más esfuerzos que el pobrecillo realice, no alcanzará jamás este desmesurado y ambicioso desiderátum, resulta que la ecuación personal (cultura y temperamento) definirá su competencia, como de hecho la ha definido siempre.

En efecto, no cualquiera puede desarrollar cualquier investigación, cualquier tema; antes que nada se debe estar interior y espiritualmente, de acuer-

do con el objeto de la investigación. Para llevar a cabo la historia del arte es necesario poseer una sensibilidad estética desarrollada y rica de contenido; para elaborar una historia del cristianismo se necesita ser capaz de concebir lo que pueda ser el fenómeno religioso hasta llegar casi a sus aspectos místicos, y por más sutileza que se posea para comprender la mente y las acciones de un hombre es menester tener en común con él cierto parentesco psicológico que permita sentir y revivir las emociones, las ideas y las convicciones que fueron suyas.

Ciertamente el historiador debe, al empezar su tarea, estar animado de un espíritu crítico extremadamente despierto y vivaz, pero alentar en él solamente la crítica es exponerlo a desechar los filones más nobles de la experiencia, y si esta actitud desconfiada perdura a todo lo largo de su investigación le perjudicará, imposibilitándolo para reconocer los verdaderos valores humanos, ahí donde existan.

El exceso o abuso de la crítica, la hipercrítica como se ha llamado, la investigación y lucubración, exclusivamente teniendo en cuenta el hecho material, han conducido a múltiples errores, pero además han puesto en evidencia a sus sostenedores más ardientes. ¿Quién podría poner en duda hoy, la autenticidad por ejemplo, de los testimonios extraídos de las catacumbas romanas, o de la tumba de San Pedro, o del libro de Isaías, como lo puso en duda el siglo XVII?

Si por el contrario el historiador, en último análisis, trata de comprender, de penetrar en las profundidades del alma de los hombres de otros tiempos, y con su espíritu totalmente abierto examinar sus actos, y su vida entera, la virtud suprema deberá ser en él, la "simpatía", esa disposición anímica que nos hace connaturales con el prójimo, con el "yo ajeno", que nos permite volver a sentir sus pasiones, volver a pensar sus ideas, a experimentar sus afectos o a gozar con sus triunfos y deprimirnos con sus desdichas, y todo ello bajo la misma luz, a través del mismo prisma que se las hizo conocer a él como verdad.

Por eso y con justa razón coincidimos en este punto con el pensamiento del Maestro Antonio Caso, cuando afirmaba, que "el sentido histórico —dice Hoeffding—, es una forma de la simpatía universal. Acaso sea la forma suprema de la simpatía humana. Saber interpretar en síntesis luminosas los lances sucesivos de la vida de la especie, es no sólo entender, sino amar; es amar intelectualmente como amaba Spinoza, como Sócrates amó, como han sabido amar los que, en el desarrollo indefinido del pensamiento al través de sí mismo, llegaron a unificar en un acto de conciencia, el conocimiento y la emoción, la representación y la voluntad, la lógica precisa, geométrica, de la pura razón, y la lógica del instinto y el sentimiento. La verdad histórica,

humana, por excelencia, como la metafísica, no se engendra sino en la armonía de las ideas y la intuición, dentro de la íntima coherencia del espíritu" (*El concepto de la Historia Universal y la Filosofía de los Valores*).

Creemos que nadie puede improvisarse en historiador si no posee en términos generales esta tendencia a la simpatía que permite la comunión con el prójimo. El historiador debe poder realizar esta total entrega de sí mismo, a todo lo que de humano encuentre: Biógrafo de Napoleón necesita comprender sus ambiciones tanto como el alma de acero de Wellington. . . Historiador de Hidalgo, compenetrarse con su papel de Cura y sus sentimientos de Ministro del Señor, como con la lucha interna que debió sostener al desobedecer la autoridad eclesiástica, al mismo tiempo que vivir su afán libertario, pero asimismo poder tener conciencia plena del rencor de Calleja.

Creemos también, que el mejor historiador de un hombre o de una época, o de un acontecimiento, podrá ser aquel que, por su estructura mental y su propia experiencia humana se encuentre lo más cerca, lo más estrechamente vinculado al espíritu que antaño animó a su héroe, o prevaleció en ese período.

Por otro lado, pensamos que la simpatía a su vez, no debe constituir la única virtud del historiador; el ideal sería conciliarla con el más fino espíritu crítico y con la intuición ya que como decía el Maestro Caso: "la misión primera del historiador es, como la del sabio, un esfuerzo de análisis, un procedimiento de crítica, pero su misión última es un esfuerzo de reconstrucción, que sólo puede lograrse merced a la intuición que revive y anima en el espíritu la realidad exánime de los datos, las fuentes y los monumentos de la historia" (*Problemas Filosóficos*), pero como de hecho estas diferentes virtudes se encuentran desigualmente representadas en cada investigador, los excesos de unos de ellos tienden a provocar la enmienda de los otros, circunstancia que hay que tener presente al considerar que el progreso de la historia es en mucho la resultante de un esfuerzo colectivo.

Estimamos que como la investigación histórica, en resumen, es una aventura interior a la que se entrega totalmente el historiador, como constituye el esfuerzo de un alma que busca la resolución de un problema que es fundamental para ella, como esta interrogación al pasado, se torna quizás la meta de su destino, debe preocuparle más hallar la respuesta a la pregunta de "¿Dónde está la verdad?", y llegar a ella totalmente, y para sí, que la elaboración de un conocimiento objetivo y valedero para todos.

Al través de este valor personal, que podríamos como lo hemos hecho, llamar existencial, la investigación imperativamente se tomará más rigurosa porque el crítico más exigente será la propia conciencia del historiador la cual a la postre es siempre el juez más implacable.